

Víctor Rodríguez Núñez (La Habana, Cuba, 1955)

Fábula

Ese pájaro come
a grandes picotazos el silencio
lo busca entre las hojas más deshechas
y es un escalofrío
en la única rama de la tarde

Luego alzaré el vuelo
será una nube rauda

sobre sierras azules

donde sólo florecen
mi madre y las estrellas
Será el canto la víscera

el ojo ya sin dueño

lo que se vuelve polvo
piedra que se desangra
contra el arco de plomo del disparo

Aunque ese mismo pájaro regrese
renacido del humo y la ceniza
y se pose de nuevo

como un nido

en la única rama de la tarde

Casa

Entre el cielo y el fiel de una colina
ardiente soñolienta está mi casa

Por sus once pupilas de madera
entra el viento de octubre
le desempolva el alma
y rompe con la tela de araña su misterio
¿En qué hendidja sin sombra sin memoria
se esconden la carcoma

la tierna sabandija

el verso y la miseria?

Bravas hormigas que casi no pueden
con las verdes migajas de la vida

Abuelo

1

Aquí está su huesa
extraviada entre el humo y el mastuerzo

Abuelo apiló las costillas dóciles
al hambre de la alforja
Aquí está su herradura y aquel relincho
que sólo yo he escuchado

2

Abuelo gobernaba los enjambres
Con su nueva reina se escabullían
por grutas en las palmas

donde colgar panales

resudados en miel de campanillas

Abuelo tenía las cabañuelas
robadas en enero

confidentes nocturnos

—murciélagos lechuzas

Una tarde falló y sobre nosotros
plumas de insomnio

alas de granizo

todo el peso del hambre

3

Siempre unidos abrieron

el ansia de los surcos

Abuelo llevaba entre sus manos las semillas
que goteaban alegres como lluvia

la que inventamos
más allá de la herida
Qué cerca la de siempre
cotidiana y feliz
deshaciendo el amor en cualquier sitio
con olor a naranjas

Qué lejos el poema
—el espectro
la imposibilidad turbios cristales
Y qué cerca el vacío
la madera
esa novela extraña
la impaciencia invisible de los grillos

Y qué lejos qué cerca
la muerte de la vida

Trenes

y así corría el tren inmóvil

Pablo Neruda

Desde que amanecí
por casualidad a la muerte
fieros
y sólo para mí

todos los trenes silban

Los de niño eran convoyes de azúcar
terrones de madera al hilo en el portal
chirriando por la vía

que dejan las babosas

lentamente borrachas
rodando hacia lo puro
como palomas negras

sobre un cielo marcado

por relámpagos dulces
que comen las hormigas

En un tren me alejé de la colina
donde hoy no está mi casa
—ni perro color sucio que me ladre
ni abuelo carpintero
menos abuela con su aguja difícil—
sólo mamá despierta
algún olor a plátanos

cenizas y cebollas

mi hermano distraído
y cuatro tablas viejas de inviernos y cansancios
rosas artificiales

un radio con mi nombre

y el potrico del diablo que lucha con la araña

Incluso

en el 70

fui retranquero loco

conductor de mentira

con farol encendido por la lluvia

de trenes sonámbulos que violaban la sombra

deseable de toda madrugada

Me fui cuando cayeron estrellas en mis ojos

cuando las paralelas se cortaron

allá

en el infinito

— desnudo de rocío

de polvos adquiridos en velorios y puentes

Luego monté vagones

que me llevaron

siempre

de los huesos al sol

de enero hasta diciembre en primavera

de la ola a la nube que anida en la colina

de la luz a la piedra

del agua hasta el silencio

de una destartalada

fea

y sucia estación

a la nombrada

Estación Esperanza

Hace poco que un tren

me alejó del amor

—y debí

no obstante

agradecerle la bahía

cuajada por las luces

de los barcos que duermen

y que despertarán sin pesadillas

Y más tarde una palma

sobre la tierra roja que el tractor ha sentido

una casa redonda con laguna

las cañas que florecen

y la cerca de púas que cuelga de una garza

Ahora este tren

nada vertiginoso

me acerca a la ciudad

de mis bodas de espuma

Del coche restaurante

tomo cerveza negra

huevos de chocolate

corazones dorados

que crujen en los dientes

el pan de soledad

En la ciudad me espera una mujer

y en la mujer

un hijo

Algún día saldrá el último tren

Un convoy transparente

sin ruedas materiales

sin humo ni sonido

Seguro estoy

Seré el único pasajero

Me sentaré en mi sitio

violento silbaré

Así devolveré lo que me han dado

estos trenes malditos

Desde que anocheció

por necesidad a la vida

tiernos

y sólo para él

todos los trenes silban

Para María Isabel Borrero

Crónica

Circulo la ciudad Acabo de salir de un viejo cine que olía a escaparate Nadie
nadie me espera Soy un hombre que busca un rostro de mujer en que mirarse
Doblo cualquier esquina Hago crujir palabras cortezas de adjetivos que el viento
abandonó sobre la acera Tropiezo y no me caigo Dos muchachas se ríen
inexplicablemente desnudas en la sombra mas en la luz vestidas de becas
Quizás la de la izquierda tenga la boca dulce Circulo la ciudad cuando la noche
temprana y tropical comienza a descender desintegrada por el arco eléctrico de
los besos el áspero maullido de los gatos La inmoral castidad de las estrellas

Un poema con tigre

Me persigue el tigre de Blake
el oro de su piel
el fragor de su impaciencia

Ayer
mientras llovía
asaltó una reunión de mi comité de base
y no quedó un papel en su sitio
—lo siento por las actas
yo las hago
Se bebió los ojos de un amigo
y de un zarpazo dejó desnuda a Esther
—precisamente a Esther—
y sus pechos de madera bendita
temblaron en el aire
con olor a naranjas que presienten el fuego

Me persigue el tigre de Blake
su poderosa respiración de astro
el ardor de sus garras

No terminaré nunca este poema

Para Alex Fleites

Víctor Rodríguez Núñez

Nació en La Habana, Cuba, en 1955. Poeta, periodista, crítico, traductor y profesor universitario. Entre sus poemarios se encuentran Cayama (Santiago de Cuba: Uvero, 1979), Con raro olor a mundo (Premio David, Cuba; La Habana: Unión, 1981), Noticiario del solo (Premio Plural, México; La Habana: Letras Cubanas, 1987), Los poemas de nadie y otros poemas (Medellín: Tecnológico de Antioquia, 1994), El último a la feria (Premio EDUCA, Costa Rica; San José EDUCA, 1995), Oración inconclusa (Premio Renacimiento, España; Sevilla: Renacimiento, 2000), Actas de medianoche I (Accésit Premio Fray Luis de León, España; Valladolid: Junta de Castilla-León, 2006) y Actas de medianoche II (Premio Leonor, España; Soria: Diputación Provincial de Soria, 2007). Con raro olor a mundo: Primera antología (La Habana: Unión, 2004), es un recuento y una reelaboración de su poesía temprana. Esta edición en lo fundamental fue traducida al inglés por Katherine Hedeem y apareció como The Infinite's Ash (Londres: ARC P, 2008). Durante la década de 1980 fue redactor y jefe de redacción de El Caimán Barbudo, donde publicó numerosos trabajos sobre temas culturales. Compiló las antologías de su generación Cuba, en su lugar la poesía (México: U Autónoma Axcapoztcalco, 1982), Usted es la culpable (La Habana: Abril, 1985) y El pasado del cielo: La nueva y novísima poesía cubana (Medellín: Alejandría, 1994). Es autor de la monografía Cien años de solidaridad: Introducción a la obra periodística de Gabriel García Márquez (Premio Enrique José Varona, Cuba; La Habana: Unión, 1986); y seleccionó y prologó la obra del mismo autor, La soledad de América Latina: Escritos sobre arte y literatura, 1948-1985 (La Habana: Arte y Literatura, 1990). Ha realizado ediciones críticas y estudios sobre poetas hispanoamericanos como Julián del Casal, Dulce María Loynaz, José Coronel Urtecho, Emilio Ballagas, Cintio Vitier, Francisco Urondo, Fayad Jamís y Juan Gelman, entre otros. Ha traducido del inglés Esto sucede cuando el corazón de una mujer se rompe (Madrid: Hiperión, 1999), de Margaret Randall, y en colaboración con Hedeem, El silo: Una sinfonía pastoral (La Habana: Arte y Literatura, 2005) y América o el resplandor (La Habana: Torre de Letras, 2006), de John Kinsella. Doctor en Literaturas Hispánicas por la Universidad de Texas en Austin, es profesor de esa especialidad en Kenyon College Estados Unidos.